



Conflictos ecosociales y cultura de paz

Carmen Magallón

Directora de la Fundación SIP y presidenta de WILPF España

Resumen: Se pregunta por qué en los conflictos ecosociales no se hacen emerger, para su cuestionamiento, las violencias que subyacen, por qué se llaman conflictos y no violencias, por qué se mantienen a distancia del paradigma de la cultura de paz. Se habla del decaimiento del movimiento por la paz, como movimiento global, del concepto y potencialidades de la paz como cultura, y se cuestiona la actual tendencia del poder hegemónico de desplazar y sustituir la noción de paz por la de seguridad, más cercana a la cultura del miedo. Se presenta el caso de las mazahuas mexicanas y su defensa del agua, y se propone el feminismo pacifista como cauce amplificador, en el marco de una cultura de paz, de las voces de mujeres que afrontan conflictos ecosociales.

Palabras claves: conflictos ecosociales, cultura de paz, mujeres mazahuas, feminismo pacifista.

Los conflictos ecosociales crecen y salpican todas las regiones del mundo. A principios de octubre de 2018, el Atlas Global de Justicia Ambiental¹ tenía documentados 2574 casos: ocupación de tierras para presas y megaproyectos hidroeléctricos, actividades extractivas, empresas contaminantes, destrucción de ecosistemas... Desde esta perspectiva el mundo es como una tarta disputada frente a la que determinados grupos tratan de imponer su lógica y su poder para quedarse con el trozo más grande a base de arrebatarse sus pequeños trozos a las poblaciones más desprotegidas.

En mayor o menor medida, los llamados conflictos ecosociales tienen raíces que son violentas, crecen entre violencias que han sido identificadas y categorizadas por los estudios de paz: violencia simbólica de destrucción y desprecio de culturas, cosmovisiones y formas de vida distintas; violencia estructural de explotación, dominio y enajenación de bienes, generalmente bienes comunes; y también, a menudo, violencia directa de agresiones y asesinatos cometidos contra la parte más débil. De un modo u otro, las conjugan todas. Me pregunto por qué los llamamos conflictos ecosociales y no violencias ecosociales. Al hilo de lo anterior, me pregunto también por qué en los conflictos ecosociales apenas se invoca ni se hace referencia a la cultura de paz si lo que enfrentan es violencia. Me pregunto finalmente si señalar los vínculos con el marco de pensamiento de la cultura de paz y establecer confluencias con sus prácticas podría aportar significados y

¹ Véase ejatlas.org/.

potencialidades al trabajo defensor de tantos grupos humanos dispersos que sufren esta violencia ecosocial.

Reconozco que el movimiento por la paz no ha sido capaz de hacer fertilizar la noción de paz positiva. Tal vez por eso no acaba de encontrar la centralidad que merecería en un mundo plagado de violencia. En este mundo global, cuando se habla de paz todavía se piensa en una situación en la que no hay guerra ni violencia armada. El resto de violencias, la violencia estructural y la violencia simbólica parecen haberse naturalizado y fundido en una inercia de normalidad. En gran medida, son invisibles.

El movimiento por la paz asentó tempranamente que lo que se persigue al hablar de paz no es una meta, no es un estado ideal al que llegar. Que la paz es una cultura. Una cultura en la que la vida de los seres humanos y la naturaleza están en el centro, en la que se cultivan la relación y el reconocimiento mutuo, en la que las actitudes y prácticas se distancian de la confrontación y construyen día a día un sentido para recrear convivencia armónica entre diferentes. La cultura de paz es aquella, por qué no decirlo, en la que lo que late en el fondo es el amor.

La afirmación gandhiana «no hay caminos para la paz, la paz es el camino» tiene esa carga de cultivo-cultura, de trabajo cotidiano que cree esperanzadamente en la posibilidad de mejorar el mundo: mejorar las relaciones entre grupos, personas y países; mejorar nuestra fraternidad-sororidad como seres humanos y nuestra relación con la naturaleza. Tampoco la paz es una seta que crece en solitario, sino una forma de pensar y hacer que ha crecido en todas las culturas, de forma compatible con la idiosincrasia de cada una de ellas. La labor más transversal e invisible que ha mantenido de manera implícita las semillas de la cultura de paz ha corrido a cargo de las mujeres del mundo, reproductoras y cuidadoras de la vida a su alrededor.

En el ámbito político, el núcleo de pensamiento en torno al que se construye la cultura de paz no desconoce la complejidad de las situaciones y los grandes intereses que espolean las violencias, también las ecosociales. Asume la inevitabilidad de los conflictos mientras niega que el único modo de afrontarlos sea la violencia. En ese sentido, no es ingenuo. Lo es en otro sentido. Personalmente, me gusta ser una pacifista ingenua. Pero afirmo: no es una ingenuidad por ignorancia, sino por vocación. Y aquí retomo la voz de Vicent Martínez Guzmán, nuestro amigo filósofo, impulsor de los estudios de paz, que tan pronto se nos ha ido, para explicar el sentido de nuestra ingenuidad. Él nos recordaría la etimología de ingenuo, del latín *ingenuus*, vocablo que significa nacido libre y no esclavo. Él volvería a decirnos que no olvidemos que somos libres, que no olvidemos que somos «capaces de hacer las paces»; nosotros, hombres y mujeres en cuyas manos queda el cultivo de la paz.

La cultura de paz se asienta en convicciones que son clave para la convivencia y el ejercicio de la política, en todos sus niveles: la convicción de que podemos afrontar los inevitables conflictos sin recurrir a la violencia; que las violencias de todo tipo pueden ser erradicadas; que es posible empoderarse mediante la acción no violenta para llegar a equilibrios de poder que hagan viable y deseable a las partes establecer cauces de diálogo

y negociación; que la inteligencia y la voluntad colectiva son capaces de cambiar y construir la realidad en el día a día.

Atrás queda la proclamación de la Asamblea General (AG) de las Naciones Unidas del período 2001-2010 como Decenio Internacional de una cultura de paz y no violencia para los niños del mundo, y su aprobación de la Declaración y el Programa de Acción sobre una Cultura de Paz (1999, Resolución A/53/243). Para la AG, la cultura de paz «consiste en una serie de valores, actitudes y comportamientos que rechazan la violencia y previenen los conflictos tratando de atacar sus causas para solucionar los problemas mediante el diálogo y la negociación entre las personas, los grupos y las naciones» (1998, Resolución A/52/13).

No habla del método, de las vías a usar. Se echa en falta la referencia a la acción no violenta, la estrategia que tienen a su disposición los grupos relegados para empoderarse pues sin equilibrio de poder no es posible negociar. Pese a todo, la línea declarativa iniciada en la pasada década por la AG era positiva. Ahora estamos retrocediendo. En la actualidad la tendencia observable es que el poder hegemónico está sustituyendo la noción de paz por la de seguridad, no por la seguridad humana sino por la seguridad armada pura y dura. Las acciones terroristas han apuntalado aún más la constante histórica de recurrir a la fuerza armada. Crecen los muros que nos separan, la seguridad armada empuja a construirlos, y lo peor es que son muchos los que aplauden. Mientras, los contrapoderes globales no acaban de lograr constituirse en alternativa. Se refugian en la defensa de derechos. Sin duda, resistir y reclamar derechos es necesario, pero como paradigma no deja de ser una posición de repliegue, reactiva frente a la agresión. En nuestro mundo global, lo que late en el fondo no es el amor, sino el miedo. La cultura del miedo está ganando a la cultura de paz.

Los conflictos ecosociales son afrontados por quienes los sufren mediante estrategias de no violencia, las que están al alcance y a lo largo de la historia han sido utilizadas mayoritariamente por los movimientos sociales. De un modo especialmente significativo fueron utilizadas y enriquecidas por el feminismo, ya desde la etapa del sufragismo. Las estrategias de defensa que utilizan los grupos afectados por los conflictos ecosociales creo que se verían reforzadas si se inscribieran en un movimiento global que reclamara la Justicia Ambiental en el marco de una cultura global de paz.

El agua y las mazahuas mexicanas

El caso protagonizado por las mazahuas mexicanas, en la década pasada, me conmovió e impactó, a la vez que me hizo plantearme interrogantes acerca de las estrategias que se utilizan en los conflictos ecosociales. Lo conocí de la mano de la antropóloga Anahí Copitzky Gómez Fuentes, quien documentó su origen y desarrollo² y con quien, en su día, pude visitar, en el estado de México, algunas de las comunidades afectadas: Loma de Juárez, Los Berros, Salitre del Cerro, San Isidro.

² Sobre el origen y desarrollo del conflicto, así como el papel que jugaron las mujeres mazahuas véase A. C. Gómez Fuentes, «Un ejército de mujeres, un ejército por el agua. Las mujeres indígenas mazahuas en México», *Agricultura, sociedad y desarrollo*, vol. 6, núm. 3, septiembre-diciembre, 2009, pp. 207-221.

A las mujeres mazahuas las había encontrado por primera vez en el Foro Mundial del Agua celebrado en la ciudad de México, en 2006. En la marcha que abría el Foro Alternativo desfilaban con vistosos trajes de colores, portando fusiles de madera al hombro y pancartas que reclamaban el derecho al agua, al agua que manaba en su territorio. Las mazahuas se habían organizado para hacer frente a la violencia que supuso la captación del agua de sus territorios por el sistema Cutzamala, una enorme y compleja obra hidráulica construida para abastecer a la ciudad de México. El sistema Cutzamala se había realizado sin contar con las comunidades afectadas, en las que el agua pasó a escasear. Su tierra fue dañada y expropiada y mientras su agua abastecía a la gran ciudad, las comunidades mazahuas se quedaban sin ella. Aquello fue la materialización de una violencia estructural y simbólica que emergió como conflicto ecosocial. Desde el primer momento, me sorprendió la escenografía militarista en la que se envolvían aquellas mujeres. Además de las armas, el nombre que habían elegido era el de Ejército Zapatista de Mujeres por la Defensa del Agua.

¿Qué buscaban las mazahuas al presentarse bajo esta imagen armada? Cuando más tarde, en la visita a sus comunidades pude hablar con algunas de las líderes, al preguntarles por el sentido de mostrarse como ejército me explicaron que el nombre del grupo y el portar armas de madera lo decidieron como reconocimiento al zapatismo, con quienes no tenían contacto, pero sí se sentían identificadas. Percibí que lo decían sin ningún énfasis: no le daban mayor importancia.

En realidad, el movimiento de las comunidades mazahuas fue un movimiento de resistencia no violenta, pues todas sus acciones tuvieron este carácter. Las mujeres decidieron ponerse a la cabeza tras el fracaso de las negociaciones lideradas por los hombres. Organizaron marchas, plantones, y lograron empoderarse bloqueando el acceso de los camiones de cloro que habían de llegar a la planta potabilizadora del sistema. Sin cloro, el agua no podía llegar a la ciudad. Y allí estaban ellas, decididas a no abandonar su plantón si no había un acuerdo. Sus acciones y el peso de los símbolos desplegados por las mujeres consiguieron un impacto mediático que ayudó a sus propósitos. Finalmente, el Gobierno Federal se vio obligado a firmar un convenio con las comunidades lo que significó, entre otras cosas, su reconocimiento como agentes dignos de interlocución y la devolución del derecho a disponer de su agua a través de una red de abastecimiento propia.

Este caso es paradigmático de una realidad que se repite en muchos lugares del mundo: derechos de pueblos originarios y de su modo de relacionarse con la naturaleza son avasallados en beneficio de las grandes urbes y las grandes corporaciones. La resistencia que ejercen las comunidades afectadas es generalmente no violenta, pero escasamente amplificada si no aparecen signos que el poder mediático reconoce, o episodios forzados de mayor violencia, como asesinatos de líderes reconocidos, tal como muestra el caso de Berta Cáceres. Las mazahuas recurrieron a identificarse con una simbología y una estela mediáticas para forzar la atención sobre su problema. Seguramente eso les ayudó. Me pregunto qué dejamos en el camino cuando desde el contrapoder utilizamos los mismos conceptos y los mismos símbolos que el poder utiliza para ejercer violencia sobre nosotros.

El feminismo pacifista

Si hay una corriente del movimiento por la paz que resiste es el feminismo pacifista. Su nacimiento podemos situarlo cien años atrás, en el congreso de La Haya de 1915. En él, más de mil sufragistas identificaron las raíces de la guerra en curso, la primera guerra mundial, y en sus resoluciones, propusieron ideas y enfoques nuevos encaminados a lograr una paz permanente. Ya entonces, la pelea por los recursos (el petróleo, los mares, el dominio territorial...) conformaba las raíces más potentes que alimentaban la guerra. Las mujeres del Congreso de La Haya vieron la necesidad de establecer un orden internacional que pusiera límites al belicismo de los líderes y el etnocentrismo y egoísmo de los países. Levantaron la voz contra lo absurdo, la locura y el horror de la guerra, que conlleva, dijeron, un sacrificio irresponsable de la vida humana y la destrucción de tantas cosas que la humanidad ha tardado siglos en construir. Pusieron sobre la mesa la denuncia de la violación de las mujeres y su reclamación del derecho al voto; la necesidad de democratizar la política exterior, someter las disputas entre países a la conciliación y al arbitraje, el desarme universal, la eliminación de los tratados secretos, la educación para la paz, que los países no se involucraran en la defensa de intereses privados... En suma, un programa internacional, hoy diríamos global, profundamente impregnado de cultura de paz.

Más de cien años han transcurrido y este movimiento, aglutinado en torno a la Liga Internacional de Mujeres por la Paz y la Libertad (WILPF en sus siglas en inglés), continúa trabajando en su empeño de origen. El feminismo pacifista es un movimiento global abierto a los hombres. Defiende un enfoque integral capaz de abordar la multidimensionalidad e interseccionalidad de las raíces violentas que laten en los problemas que acucian hoy a la humanidad: la persistencia del hambre, la desigualdad creciente, la pobreza, el cambio climático, la precariedad migratoria, el terrorismo, la proliferación y modernización de armas, el diseño y producción de robots asesinos autónomos, el auge de los fascismos y racismos, el deterioro de la gobernanza global...

El movimiento feminista se ha mostrado últimamente con nueva vitalidad. Se trata de un nuevo actor global, diversificado y plural, no exento de conflictos, que irrumpe con la energía del hartazgo histórico. Está unido contra la violencia hacia las mujeres, pero no lo está contra toda violencia. No todos los feminismos son pacifistas, como tampoco lo son todas las mujeres. Trabajar por la paz, en su sentido de manifestarse contra todo tipo de violencia es una opción libre, no es algo que acompañe a un cuerpo o a un género.

Es el feminismo pacifista, el que, aun siendo solo parte del feminismo como actor, tiene vocación de incidencia política en el escenario global. Esta rama del feminismo puede ayudar, y de hecho lo hace, a amplificar las voces de mujeres organizadas para afrontar conflictos ecosociales dispersos en el marco de una cultura de paz.³

³ El proyecto PeaceWomen, entre otras cuestiones, se hace eco de las contribuciones que realizan mujeres del mundo para la construcción de paz. Véase: <http://www.peacewomen.org/>.